

» pluma. Entónces aparecerá vuestro estilo
» lleno de calor y de vida; arrebatará al lector
» y será una imágen fiel de vuestro espíritu, y
» lo que añadáis por imitacion, se fundirá con
» lo que os pertenece. » No se trataba, pues,
solo de una cuestion de palabras, sino de la
que divide perpetuamente á los hombres de
erudicion y de gusto, al que aspira á lo sólido
y al que busca lo brillante. Tenia razon Erasmo
en atacar á estos que no se dedicaban á nada
útil para la literatura, y cuya mania engendrò
al continuo estudio de las palabras, despues
azote de la Italia.

Lengua
italiana.

La preeminencia concedida al latin hacia que
ese descuidase el italiano, el cual no se escribia
ya; y cuando revivió, su marcha fué afectada,
ostentosa, no analítica y clara como se habla
por el que habla bien, sino siguiendo las pisa-
das de su madre. Posteriormente, concurriendo
á la obra el cuidado y estudio, aparecieron
grámaticas (1), y se dedicaron á discusiones so-
físticas sobre la naturaleza y los usos de un
idioma que se habia empleado de una manera
insigne en el siglo anterior.

Es digno de notarse que los Italianos, cada
vez que se vieron en la desgracia, y en cuanto
terminaron las cuestiones políticas, emprendie-
ron otras sobre el idioma, que eran como una
protesta de la nacionalidad que pretendian ar-
rancarles. La disputa versó primero acerca del
nombre; Trissino y Muzio querian que fuese
italiano; Varchi y Bembo, florentino; Bargagli
y Bulgarini, sienés; Claudio Tolomei (2), tos-

(1) La primera que yo sepa es de FORTUNIO, *Regole gram-
maticali della volgare lingua*. Ancona, 1516.

(2) Salviati en los *Avvertimenti della lingua*, II, 21, se
muestra irritado contra Muzio, Trissino y demas escritores
extranjeros, « que (dice) pronunciando sus idiomas de tal
modo que es imposible escribir las palabras ni oírlos hablar
sin reírse, se burian de nuestra pronunciaci6n, y... condenan
en nosotros la virtud que no tienen esperanza de alcanzar
nunca... A todo lo que han dicho contra nuestra lengua,
hubiera bastado responderles, que nada proponen, que nada
praebran, que jamas nombran un escritor que no sea floren-
tino. Motejan nuestra habla; ¿y á quien citan? á Boccaccio.
¿De dónde es natural? De Triboli. Desprecian nuestra manera
de escribir; ¿y á quien elogian? á Petrarca. ¿Dónde nació? en
Vicenza. Quieren quitarnos nuestro idioma, ¿y á quien acuden?
á Dante. ¿De dónde era? De Bérgamo. Se quiere aprender la
lengua en las obras de los escritores. ¿Quiénes son estos
escritores? Dante, Petrarca y Boccaccio. ¿En qué lengua
escribió Boccaccio? Segun él mismo dice, en el idioma
vulgar de Florencia. Este es incorrecto. ¿Quién lo dice? Dante.
¿En qué idioma compuso Dante su poema?... Pero si Dante
despreciaba su idioma ¿por qué escribió en él las cuestiones
del *Convivio*? ¿Por qué la alabó tanto en aquella obra? ¿Por
qué no la escribió en la lengua vulgar florentina ni en nin-
guna de las demas, qué censura en el libro de la *Volgar
loquela*; sino en el idioma vulgar ilustre recogido en las
c6rtes, y entresacado de toda Italia? ¿En cuál de los cita-
dos idiomas vulgares escribió la *Comedia*? En el ilustre.
¿En qué ciudad de Italia, fuera de Toscana, se usan veinte
palabras de las de su poema? Y al revés. ¿Se encuentran
en este veinte palabras que no sean de uso corriente en
Florencia? ¿Qué nuevo lenguaje, qué mezcla inaudita, qué
centauro, qué quimera, qué monstruo sería, suponiendo
pudiese existir, el que se formase de la mezcla de vocablos
de casi treinta lenguas distintas? ¿Dónde y cuándo se ha visto
jamás un escrito de esta clase, ó cómo pudiera llamarse
lengua una cosa por el estilo, si no se da tal nombre á la que
no se habla ó no se ha hablado algun tiempo por un pue-
blo? ¿Quién sería el que entendiera medianamente? ¿Dónde
habría de residirse, adónde acudir para la propiedad de las

cano; y se escribieron en el particular multitud
de libros, cuando el mejor medio de resolver la
cuestion hubiera sido escribir en aquella len-
gua alguna cosa digna y elevada. Despues Gam-
ballari en el *Gello* se empeñó en traer su origen
de la lengua etrusca (que es desconocida)
con mezcla de hebreo y arameo; Celso Cittadini,
por el contrario, la suponía existente en los
tiempos de la Roma antigua, y todos alegaban
buenas razones, pues no era de esperar que
sus escasas nociones de filología comparada les
permitiesen llegar hasta el punto de distinguir
la maternidad de la fraternidad. Baltasar Cas-
tiglione dijo en la materia cosas razonables,
pretendiendo que el idioma era florentino, pero
compuesto de palabras « propias, escogidas,
brillantes, bien adaptadas, y sobre todo usadas
por el pueblo; combinándose con una pureza
desdeñada, en extremo grata á los oídos y á
las almas de los hombres (1). » Firenzuola de-
cía: « He empleado siempre aquellas voces y
aquel modo de hablar que son de un uso diario,
gastando las monedas que corren y no la plata
pulimentada; Davanzati sostiene que en cada
lengua es excelente lo que el uso ha admitido; »
lo mismo sostuvieron Maquiavelo con razones,
y todos los buenos escritores con hechos.

Sin embargo, estas disputas se renovaban de
tiempo en tiempo, como si se quisiese dar á en-
tender á los extranjeros y hasta á los mismos
Italianos, que estos se entretenían en discutir
acerca de las palabras, en lugar de ocuparse
en las cosas; que preparaban la tela en vez de
pintar. Ademas, como sucede siempre, así los
contradictores como los apologistas, creyeron
razones las villanías, no se elevaron nunca á
lo que constituye la esencia de los idiomas, á
la comparacion con lo que se ve en los otros
países, y por un bajo espíritu municipal negar-
on la preeminencia á los Toscanos aquellos
mismos que andaban á caza de elegancias tos-
canas para parecer buenos escritores.

Trissino propuso en la ortografía una inno-
vacion que consistía en diferenciar la *i* de la *j*,
la *u* de la *v*; en adoptar la *f* en lugar de la *ph*,
la *z* en vez de la *th*; y emplear la *η* y la *ε* la *o*
y la *ω* griegas, para distinguir el sonido breve
ó largo de estas dos vocales. Desgraciadamente
ensayó esta ortografía en un poema que care-
cia de mérito, y como no era Toscano, cometió
errores en la aplicacion, lo que fué causa de
que se burlasen de él (2); ¡excelente modo de
impedir la adopcion de cosas buenas! Sin

vozes? Si este idioma está esparcido por toda Italia, ¿cómo
es que solo nuestra ciudad la regula? ¿Por qué únicamente
en ella se encuentran los escritos de mas autoridad, no te-
niendo en la boca otros nombres que los de Dante, Petrarca,
Boccaccio, Villani y demas autores florentinos? ¿Y de qué
modo maravilloso anduvieron nuestros autores toda su vida
recorriendo la Italia, para tomar cien voces en la Romania,
trecientas en las ciudades de Lombardia, otras tantas en
Nápoles y su reino, y finalmente diez en tal país, cuatro en
tal aldea? ¿Qué fatiga, qué esfuerzo, qué miseria debió ser
la suya en aquella época! »

(1) *Il Cortigiano*, edicion de los clásicos, tomo II, 32.

(2) Especialmente Firenzuola.

embargo, algunas de aquellas inovaciones
prevalcieron, y las demas se desean todavía.

Aunque hubo quien sugiriese abolir en las
epístolas la costumbre de dirigir el discurso á
la alteza, excelencia ó señoría de otro, estas
fórmulas de etiqueta que se habian introducido
por los Españoles, triunfaron del sentido co-
mun (1).

Boccaccio, frecuentemente á causa de lo que
tiene ménos digno de imitarse, llegó á ser la
regla de los maestros del idioma, y antepuesto
á la casta sencillez de sus predecesores. Pedro
Bembo (1470-1547), á quien se apellidó árbitro
de la lengua, empleó las sutilezas de su ingenio
en analizar á Boccaccio; tenia cuarenta
carteras y pasaba de una á otra sus escritos á
medida que los iba corrigiendo; decíase que
había probado ser posible escribir con pureza
sin haber nacido á orillas del Arno. En cuanto
á mí, aunque concedo la regla, niego el ejem-
plo, pues no veo que Bembo bajase nunca de
sus zancos para expresarse con naturalidad, lo
que constituye precisamente el mérito y la ven-
taja del que se sirve de su lengua nativa. Al

Bembo.
1470-
1547.

(1) Caro decía á Bernardo Tasso: «... Es cosa resuelta
para mí, que ya se han introducido las *Señorías*, entre ellas
pueda usarse el *Vos* cuando acomode, pues no creo que des-
merezcán por ello, tanto mas cuanto que el reverendísimo
Bembo, que la tiene y la da de continuo, hace la mezcla que
decís. Ademas de que la autoridad de varón tan insigne puede
por sí sola servir como ley inviolable, pareceme que la
acompañan tambien la razon; pues en mi dictámen, *vuestra
señoría, vuestra liberalidad, vuestra gentileza*, no son mas
que un modo mismo de expresarse. Ahora bien, si despues
de *vuestra señoría* puede usarse el *vos*, ¿por qué no des-
pues de *vuestra señoría*? En cuanto á mí, no me cabe la
menor duda. Y como creo conveniente que en el particular
haya la mayor latitud posible, por eso no quisiera que se
pusiese en tela de juicio el ejemplo de monseñor Bembo,
alegando el escrúpulo que decís, de que *pudiera ser que sus
cartas no estuviesen impresas de una manera auténtica*.
No encontraría ningun obstáculo en dirigirme á un señor,
por grande que fuese, llamándole al principio y quizá en
el medio por su título, v. gr., *sacra majestad, ilustrísimo
señor, reverendísimo monseñor*, y empleando el *vos* en se-
guida; con lo cual no creería quitarle nada del honor ni
del respeto que le da el título, cuando viesse que vosotros
haciais lo propio. En las obras de alguna extension estoy
resuelto á obrar así, imitando á los autores antiguos y á
los modernos que han escrito en nuestro idioma, no en el
latino, como alegáis; pues á esto último podría contes-
tarse, que cada lengua tiene sus modismos y sus privilegios,
por cuya razon el ejemplo de una no sirve para otra.
Tambien opino que en las cartas debería hacerse lo mismo;
y que es abuso (como decís), supersticion, adulacion ó in-
triga grande de los escritores, á la par que desgracia y de-
formidad de los escritos el obrar de otra manera. Pero no
estoy resuelto á ser yo el que se atreva á extirpar este
abuso, ni á ponerme al frente ó aconsejar tal empresa
contra el modo de pensar de todas. Este siglo (dice mon-
señor Della Casa) es adulator; todo el que escribe da
señorías á aquellos á quienes se escribe, las quieren; y no
solo los grandes, sino tambien los medianos y los plebeyos,
casi aspiran á este tratamiento, siendo para ellos una afrenta no
tenerlo, y juzgando que cometen error los que no lo dan. Paré-
ceme muy extraño y fastidioso haber de hablar con uno como
si fuese otro, y ademas en abstracto, casi con la idea de aquel
con quien se habla, no con su persona. Sin embargo, el abuso
está ya arraigado generalmente; y vos sabéis que cuando un
rio lleva todas sus aguas á un lugar, aunque de él salga un
riachuelo, no se detiene su curso: para disminuirlo, se ne-
cesita, ó el poder de uno solo, ó que la primera vez se le
segregue una gran cantidad de agua. Pero mientras vos
otros, los que sois grandes, corréis, es fuerza que yo siga
tambien la corriente; y cuando vea á uno de vosotros se-
pararse, y á Tolomei saltar hacia fuera, entónces me ar-
riesgaré á imitarle. »

contrario, hasta en las cartas introduce frases
de otros autores, períodos interminables y fre-
cuentes textos latinos, sin manifestar nunca la
menor energía. Con iguales esfuerzos se puede
conseguir el mismo resultado; así es que no
careció de imitadores entre tantos como bus-
caban, ménos lo que tenían que decir que la
manera de decirlo. Hasta se estableció una cá-
tedra de italiano por Diómedes Borghese, que
pretendia haber adquirido en cuarenta años de
estudios el título de árbitro y regulador del
idioma toscano.

Quando sucumbió la libertad de Florencia,
se dirigió la atencion particularmente á las re-
glas del lenguaje, es decir, que se pensó en es-
cribir bien cuando cesaron de hacerlo los gran-
des escritores: este fué el único objeto que se
propuso la Academia creada en aquella ciudad
por Cosme I. Por tanto se dedicaron á leer di-
sertaciones sobre un soneto, un verso, una
palabra de algun autor clásico, sobre todo de
Petrarca; y como cada uno queria tener su
exordio, su peroracion y la extension corres-
pondiente, considere el lector qué diluvio de
palabras debia resultar en un siglo que pecaba
de verboso. El duque creyó prudentemente que
convendría á la lengua ejercitarla en traduc-
ciones; y por lo mismo recomendó varias á
aquellos académicos: á Segni se le confió la de
Aristóteles; á Varchi la de Boecio; Salviati tuvo
el encargo de preparar una edicion de Boccac-
cio, que pudiera leerse sin peligro; lo que le
valió iguales vituperios que al pintor Braghet-
tone.

Habia surgido ya en aquella academia un
partido que se llamaba de los Arameos, porque
pretendia hacer proceder el italiano de la len-
gua hebrea. Despues, cansados de sutilizar, al-
gunos académicos, como Juan Bautista Dati,
Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Canigiani,
Bernardo Zanchini y Sebastian Rossi, se sepa-
raron para asociarse en otras reuniones que
llamaban *francachelas (stravizz)*, de las cuales
desterraban el fastidio con la amenidad del si-
tio, el chiste de las conversaciones y la de-
licadeza de las cenas (1). Pedro Salviati, que
fué admitido en ellas, los exhortó á dar á la
reunion un objeto mas noble, sin abandonar la
alegría originaria; en su consecuencia, forma-
ron una Academia denominada por chanza de
la *Crusca* (salvado); tomando por emblema el
cedazo, por asientos las canastas del pan pue-
tas boca abajo, para trono del archicónsul tres
piedras de molino, y adoptando cada cual un
nombre en relacion con estos símbolos, tales como
el Enharinado, el Amasado, el Ensacado, etc.
Grazzini quiso conservar su título primitivo de
Lasca (gobio), en atencion á que este pez se reboza
en harina para freirlo. Continuaron de aquella
manera entregándose á una charla vaga, hasta
que emprendieron la tarea de compilar el *Dic-*

(1) Puede leerse la Historia de la Academia de la Crusca
al principio del tomo primero de sus actas, que se dió á
luz en el año 1819.

Acade-
mia
de la
Crusca.

1582.

cionario de la Crusca, espanto de los pedantes, burla de las personas frívolas, admiración de los que conocían su objeto y uso. Era el primer diccionario que se había hecho de una lengua viva, y aunque persuadidos de que el idioma de una nación es un dialecto elevado á la dignidad de lengua escrita, y que en Italia ninguno era más digno de este honor que el florentino, los académicos no se contentaron, como después los Franceses con el de Paris, con dar todas las voces de la lengua vulgar toscana, sino que las apoyaron además en ejemplos. Duraba aun el tiempo de la autoridad: los filólogos, ocupados en buscar el valor de las palabras latinas, no podían decidir sino en vista de ejemplos escritos; la dilucidación de los clásicos era el objeto de gran número de obras, de muchas academias, y singularmente de la florentina. Los académicos de la Crusca acompañaron, pues, de textos cada una de las palabras y sus diferentes significados, llevando la idea de dar autoridad á los giros y aclarar el sentido de los autores.

Pero como toda la lengua no se encuentra en los autores, y si solo la menor parte, acudieron aquellos académicos á los escritos en que abundan por lo común los términos de uso familiar, como libros de cuentas, borradores y otros papeles domésticos. Se hizo más; algunos se pusieron á componer obras con el objeto preciso de insertar en ellas voces no autorizadas por ejemplos escritos. De este número fueron la *Fiera* y la *Tancia* de Bonarrotto. ¿No hubiera sido más breve escribir el catálogo de las mismas palabras, tales como las pronunciaba el pueblo? Yo lo creo así; y en mi dictamen, esta es una hermosa tarea reservada á algún Toscano deseoso de ofrecer, no un vocabulario voluminoso al alcance de un pequeño número de personas, sino un libro usual, asequible á todos. Sin embargo, tal como fué hecho por los académicos, tiene el mérito, muy importante para aquella época, de explicar á los clásicos. Los autores de que se tomaron los ejemplos eran toscanos, es decir, habían escrito en este idioma, aunque no hubiesen nacido en Toscana, como Ariosto y otros muchos, y como todos procuran verificarlo en el día.

Se ha dirigido con tal motivo una grave acusación á los autores de diccionarios, cual si quisieran hacer aparecer como mérito municipal el escribir bien, al paso que se citan honrosísimas excepciones. Pero cuando el Milanes ó el Napolitano escriben sobre asuntos serios, ¿emplean acaso el dialecto de sus patrias respectivas? ¿Es posible que un Francés escriba bien en italiano? ¿y habrá de inferirse de ahí que en el vocabulario deban citarse también ejemplos de los autores franceses? Los buenos escritores lombardos y napolitanos ¿no han aprendido en los autores que han tratado de acercarse al idioma toscano? Y si alguno de ellos escribe en la lengua materna, ¿se calificará su estilo de bueno? Oigase, por el contra-

rio, al toscano más inculto; hágansele meras correcciones ortográficas, y se tendrá un italiano, incorrecto quizá en cuanto á la gramática, insulso por lo que respecta al estilo, pero puro y propio. Esta, en mi sentir, es la única solución capaz de cortar las disputas, perpetuadas por aquellos que, movidos de ruines envidias municipales, niegan á los Toscanos una indisputable gloria, si bien al mismo tiempo que se la niegan de palabra, en el hecho procuran imitarlos, y pretenden convertir el idioma en un no sé qué de áulico y cortesano, ó limitarlo á las obras de autores muertos; mientras que si quiere llamarse y ser vivo, necesita hablarse por todos, favorecer el curso de las ideas, vestir los nuevos pensamientos. Fuera del pueblo no existe progreso.

Los académicos se equivocaron á menudo en la interpretación de los autores; no siempre se valieron de textos correctos, aunque la enmienda de estos era uno de los fines que se proponían; no registraron tampoco una á una las voces de aquellos autores; dieron por usual lo anticuado; por común lo que se refería á una época ó lugar determinado; hasta insertaron errores y alteraciones, procedentes de una mala pronunciación, á fin de explicar los textos. Sobre todo carecían de gramática, porque esta ciencia estaba aun en la infancia, y tenían poca crítica, arte que acababa de nacer. De aquí resultaron verdaderas faltas que confesaron ellos mismos en el prólogo, y que han sido reparadas en parte en las ediciones sucesivas; quedan no obstante bastantes para dar amplia y fácil materia á los que han querido señalar y suplir las omisiones. Las notas llenas de sensatez y agudeza que Tassoni hizo sobre el diccionario, cuando apenas acababa de aparecer, son una mina fecunda que se debe consultar, y su crítica es más punzante de lo que se debía esperar de un académico. Benito Fioretti, natural de Pistoya, que formándose un nombre con tres diferentes idiomas, se tituló Udeno Nisieli, esto es, hombre que no era de nadie sino de Dios, añadió muchas notas muy juiciosas al margen del vocabulario de la Crusca (1). Esta obra permanecerá como un hermoso monumento histórico, del cual no nos burlaríamos, pues la historia ha renunciado á ese modo bajo de tratar las cuestiones, abandonándolo tan solo cuando tengamos uno mejor.

Pero se requieren para esto condiciones que no son literarias.

(1) Un académico de la Crusca confiesa que el defecto principal de este es sujetarse á la autoridad de escritores antiguos, en lugar de dar la lengua viva. « El vocabulario de la Crusca tiene de particular respecto de los de Francia, España é Inglaterra, que al paso que estos son un guía seguro en sus correspondientes idiomas, el nuestro nos induce precisamente á error de diez veces ocho, y esto, porque no tenemos aun bastante ánimo para aprobar como bueno, según los demás pueblos hacen, lo que se habla en el lenguaje común y no otra cosa. » MACALOTTI.

CAPÍTULO X

Literatura italiana.

Bembo.

Más que los preceptos, más que las academias ayudan á las lenguas las obras; y fué tal la abundancia que hubo de estas en Italia, que no solo aseguraron el triunfo del idioma vulgar, sino que consiguieron que la literatura italiana sirviese de modelo á las extranjeras, como los libros clásicos de la antigüedad. La prosa iba arreglándose, y no estaba abandonada ya al acaso y la inspiración; los escritores de mejor nota renunciaban á la afectación latina. Se pretende que es de gran mérito la canción que compuso el cardenal Bembo, hombre de vasta erudición, eminente en las letras, y uno de los que primero conocieron la importancia de las medallas: dan por muy buenos la canción á la muerte de su hermano, y los sonetos dedicados á la memoria de la Morosini, madre de sus hijos; pero mi corazón no está de acuerdo con tal dictamen. En la historia del momento más lleno de peligros para su patria (1487-1513), se muestra narrador superficial; ajeno á los negocios del Estado, no le fué posible animar la narración con el interés que da la verdad, y si á veces pinta bien, jamás penetra hasta hallar las causas recónditas; de suerte que una gaceta no podría ser más frívola. El mismo la escribió en latín y en italiano, y nosotros le colocamos en este sitio más bien que entre los historiadores, porque su mérito consiste en la elegancia acompañada y en vestir ideas nuevas con expresiones antiguas. Tales son sus *Asolani*, razonamientos en la quinta de la reina de Chipre, cuya conclusión es animar á los jóvenes á amar.

Caro.
1503-61.

Monseñor Juan Della Casa escribe en un estilo muy culto, y cual conviene á los preceptos de buena educación; pero como obra moral no nos parece gran cosa el *Galateo*, que más complaciente que recto, confunde la cortesía con la moralidad, y hace consistir toda importancia en los actos exteriores que solo valen cuando proceden del corazón. Pierde mucho tiempo enseñando á referir sucesos imprevistos y novelas á la sociedad, arte principal de la conversación culta de la época. El libro de los *Oficios* enseña el modo de atraerse el afecto de los magnates para conseguir honores y fortuna. No siendo posible elogiar en su poesía la dulzura, alaban la nobleza de sus pensamientos y sus vivas imágenes. El papa le confió el proceso de Vergerio, obispo apóstata, el cual, habiéndose refugiado entre los protestantes, le respondió dirigiéndole furiosos ataques, á que daban sobrado pie ciertos capítulos lúbricos de sus obras que le impidieron « cambiar el capelo verde por el rojo. »

Sus discursos son considerados otros tantos tipos de grandilocuencia; pero ¿cómo persuadir de aquella manera? Agréguese la variación de sentimientos sin guardar ningún concierto, de

forma que en uno hace el panegírico del mismo Carlos V, á quien había mostrado en otros dos como la peste de Italia y la ruina de la libertad (1); en aquel confunde hasta la justicia con la voluntad de dicho príncipe (2), en este exagera su anhelo de invadir la hacienda ajena; y después de haber predicado sobre la emancipación de Italia, exhorta para que se reduzca á Siena al dominio de la familia Caraffa.

Entonces se hacían discursos con cualquier motivo; pero ¿cuál de ellos puede presentarse como modelo de verdadera elocuencia? Ni un buen predicador se distinguió en medio de tan grande esplendor literario. Fray Jerónimo Savonarola siguió una senda severa; es impetuoso, y de vez en cuando tiene movimientos de verdadera elocuencia; más faltaba el arte, y á menudo convierte el púlpito en tribuna. Queda de él un millar de discursos profanos; pero ¿quién los lee? Se necesita valor para saborear los de

Orado-
res.

(1) « No podría asegurar, serenísimo príncipe, quiénes son en mayor número, si los que no conocen el poder y la codicia del emperador, ó los que conociéndolos y reputándolos grandes y asombrosos, se quedan atónitos, como los niños que despiertan de noche en medio de la oscuridad, llenos de temor callan y no piden auxilio á nadie, cual si el emperador debiese, si chistan ó se mueven, tragárselos y devorarlos inmediatamente, y no antes. »

¿Qué quieren decir tantas vigiliat, tanto gasto, tanto trabajo, tantas fatigas del emperador? ¿Qué fin ó término se propone? ¿Acaso es otro que el de enseñorearse de Italia y del universo, dilatar su poder y dominio, y extender los confines del mundo mas allá del punto á que alcanzan hoy, según escribe en sus banderas?...

Seguros estamos de que ningún pensamiento, acto, paso, ni palabra del emperador llevan otro objeto, ni él se cuida de mas nada que de quitar, ó como algunos dicen, de recobrar los Estados, las tierras y las ciudades de los príncipes vecinos ó lejanos, y darlas ó devolverlas al imperio: á esto se reducen todos sus gocees, en esto se cifran todos sus consuelos. Tales son sus cacerías, sus aves, sus bailes, sus olores, sus amores, sus apetitos carnales, sus delicias...

Aquí tenéis, serenísimo príncipe, los misericordiosos y magnánimos hechos del emperador, por los que tanta gloria le atribuyen sus parciales: matar á los reyes que todavía no han nacido, ni han sido siquiera concebidos ó engendrados, ni deberán concebirse; á las afligidas ciudades que se echan en sus brazos, y que acuden á él en busca de auxilio, extraer su sangre, debilitar los espíritus, vender la verdadera libertad de que ellos le han hecho depositario y custodio; mas aun, falsearla, contraheerla, acuciarla mal...

Acordáos, pues, serenísimo príncipe, de que la misma lengua y pluma, que artificioosamente os atrae con su falsedad, mandó quemar á Roma, los altares, las iglesias, las santísimas reliquias, é hizo traición al vicario de Cristo, y hasta al Sacratísimo Cuerpo de su Divina Majestad, entregándolo en manos de feroces Bárbaros y de avaros herejes; pues se triunfó de la santa memoria de Clemente con tres falsas paces y no con ninguna guerra efectiva. He visto las cartas y los documentos auténticos de dichas tres paces...

Y sus parentescos ¿cuáles son y cómo se han formado? Las tiernas caricias que hace á su familia se reducen á empaparse las manos en la sangre del abuelo de sus sobrinos, á arrojar á los perros al suegro de su hija, después de asesinarle, á expulsar del Estado á su misma progenie inocente...

¡Oh infeliz, desgraciada, abatida, verdaderamente ebria y adormecida Italia!

El emperador desea humillar y destruir la Santa Iglesia; tal es su firme y constante voluntad. Además de esto, durándole aun á Su Majestad la ira que le causó la traición de Plasencia, no habiendo saciado todavía su cólera con la sangre de aquel desdichado duque, desea también privar de la vida y el espíritu á Su Santidad, y quiere igualmente arrojar del Piamonte y de Francia al rey cristianísimo, arruinarle y matarle: propósito de que no se ha separado jamás, por ningún accidente, ni bajo concepto alguno...

(2) « Y aunque pueda ser á los ojos de alguno claro indicio de la justicia de esta obra (la ocupación de Plasencia) el ser vuestra y el haberla vos ejecutado... »